

ICONOLOGÍA DEL SOL Y LA LUNA EN LAS REPRESENTACIONES DE CRISTO EN LA CRUZ

POR ISABEL M^a LABRADOR GONZÁLEZ
Y JOSÉ M^a MEDIANERO HERNÁNDEZ

Las imágenes del Sol y la Luna acompañando las representaciones artísticas de la crucifixión aparecen ya desde el siglo VI. Numerosas han sido las interpretaciones teológicas y simbólico-cristianas de dicha iconografía. Estas interpretaciones son expuestas, revisadas y contrapuestas a la defensa de la herencia o reminiscencia de antiguas formulaciones paganas. Finalmente, se analizan las diversas fórmulas iconográficas de ambos astros que aparecen en las citadas representaciones del calvario, así como las derivaciones de temática, ubicación e iconología.

The sun and the moon images within the artistic representations of the crucifixión appear since the sixth century. There have been a lot of theological interpretations and Christian symbolims about this iconography. These interpretations will be exposed, reviewed and opposed to the defense of the heritage or the reminiscence of the ancient pagan forms. Finally, the different iconographic forms of both heavenly bodies will be analysed as far as the aforementioned representations of the crucifixion are concerned, as well as derivations in subjects, location and iconology.

*“Al tiempo que va trençando
Appolo sus crines d’oro
E recoge su thesoro
Contra el horizonte andando,
E Dïana va mostrando
Su cara resplandeciente...”*

Marqués de Santillana,
DECIRES NARRATIVOS

Estos primeros versos de un “decir” medieval compuesto por el Marqués de Santillana, testimonian, ciertamente, la fascinación que ha ejercido siempre sobre el hombre esta “hora mágica” del atardecer, hora en la que los dos astros por excelencia, el Sol y la Luna, se muestran a un tiempo en la bóveda celeste.

¿Romanticismo?, ¿arrobó amoroso?, ¿simple sentimiento poético?... Posiblemente algo más. Esta atracción, esta fascinación, este atavismo ancestral sobrepasan los límites de lo estético y lo sentimental, en verdad contienen una mezcla de lo natural y lo sobrenatural, de lo humano y lo divino...

¿Es, por ello, producto del azar que el Sol y la Luna aparezcan desde el siglo VI acompañando las representaciones artísticas de la Crucifixión, momento cumbre de la vida de Cristo, base de una corriente de pensamiento que mueve nuestro mundo desde hace más de dos mil años? ¿Aparecen ambos astros por simples variantes estéticas? ¿Por simetría o equilibrio? ¿Por razones simbólicas, siempre subrayando la explicación teológica?

... Quizás esta aparición del Sol y la Luna tenga una explicación más clara, simple, y, al mismo tiempo, profunda... Una explicación que trataremos de ir desgranando a lo largo de este trabajo, que no pretende ser en modo alguno una catalogación exhaustiva de la iconografía de ambos astros en las crucifixiones y en otros temas, sino un recorrido por las diversas interpretaciones teológicas y simbólicas tradicionales y un planteamiento y apoyo de lo que, a nuestro parecer, es el auténtico origen iconológico de dicha representación.

Por ello, nos centraremos primero en las versiones simbólicas de carácter teológico, para pasar luego a revisar la auténtica validez de estas teorías y por fin llegar a la que creemos verdadera explicación de la presencia del Sol y la Luna en las crucifixiones, así como en otros temas de la iconografía cristiana, junto con el análisis de las distintas formas iconográficas que adquieren las diferentes representaciones.

I. INTERPRETACIONES TEOLÓGICAS Y SIMBÓLICO-CRISTIANAS

A lo largo de la historia del pensamiento cristiano, los teólogos y los iconógrafos e historiadores del arte se han mostrado frecuentemente de acuerdo en conferir a la representación del Sol y la Luna (sobre todo en las crucifixiones) una serie de interpretaciones acordes a la Teología y al simbolismo cristiano.

Este abanico de interpretaciones es amplio, abarcando desde ámbitos puramente estéticos, tal que la referencia al tradicional gusto de los pueblos orientales por la simetría, a otros simbólicos o sentimentales como la eternidad o el dolor.

En primer lugar, la relación del Sol y la Luna con el ámbito espacial se muestra en lo referente a la concepción del templo como representación de la ciudad celeste. El ábside que acoge a Cristo entronizado, el arco de triunfo, o incluso la parte superior de los muros de la nave central, recubiertos de mosaico dorado o los casetones del techo de dicha nave, dorados o con estrellas sobre fondo azul, serán una representación

abreviada de la bóveda celeste y en ellos se ubicarán a menudo representaciones pictóricas o escultóricas de dichos astros. Se realiza así una clara conexión con la Jerusalén Celestial y se presenta, por tanto, a la comunidad cristiana como “ciudadanía” de dicha Jerusalén¹. Es éste claramente un programa simbólico frecuente en el arte bizantino.²

Este simbolismo de la Jerusalén Celeste guarda también una estrecha relación con la orientación del templo. Se observa que desde las primitivas basílicas de África y del norte del Adriático a Roma o a las antiguas sinagogas de la diáspora judía y, por supuesto, las primeras iglesias cristianas, los templos están siempre orientados hacia el oriente geográfico. Y esto no solamente como una importante reminiscencia de antiguos cultos solares gracias a la cual los primeros cristianos realizasen una identificación del antiguo *sol invictus* con *Cristo sol salutis* (que aparece cada mañana por el oriente), sino también, y en un sentido mucho más profundo, atendiendo a la visión apocalíptica de la Parusía en la que Cristo volverá a aparecer por este oriente, ya que, como describen los *Hechos de los Apóstoles* (I, 11), Jesús ascendió a los Cielos por dicho punto geográfico y por el mismo retornará.³

Igualmente en las escrituras, concretamente en los versículos de Isaías (9, 1 y 24,23) y Malaquías (3,20) que predicen la venida del Salvador, se compara dicha venida con la elevación de un astro que vendrá a iluminar a Israel. Posteriormente, San Agustín alude, entre otros, a un texto de S. Lucas (I, 78-79) cuando recuerda que en otros lugares de la escritura, Cristo recibe alegóricamente el nombre de Sol: “*Noster sol iustitiae Christus*”. Posiblemente estos textos debieron también inspirar a los artistas.⁴

Dentro del campo de la estética, y en las representaciones de la crucifixión, una interpretación asevera que el lugar ocupado por la Virgen y San Juan o el de Longinos o Stephaton presentan clara simetría. Por ello, y para “llenar” el hueco libre encima de los brazos de la cruz o “patibulum”, se recurre a la representación iconográfica del Sol y la Luna. Además, con esta representación, se consigue una suma de elementos que subrayan la tendencia al “horror vacui” de la que suelen adolecer los artistas populares.⁵

1. RODRÍGUEZ CEBALLOS, A. “El simbolismo de la Jerusalén Celeste: Constante ambiental del templo cristiano” en *Arte Sacro y Concilio Vaticano II*. León, 1965. Pág.145.

2. No es necesario buscar tan lejos. Ejemplos muy cercanos, en la capital hispalense, de la mencionada relación serían la aparición de representaciones del Sol y la luna en el Presbiterio (Iglesia de la Magdalena), el Arco Toral (Iglesia de los Terceros) o en el techo de la Capilla Sacramental (Iglesia de San Lorenzo).

3. FERGUSON, G. *Signos y símbolos en el arte cristiano*. Buenos Aires, 1956. Págs. 51-52. Vid. asimismo: REVILLA, F. *Diccionario de Iconografía y Simbología* Madrid, Cátedra, 1995. Pág. 115 ; RODRÍGUEZ CEBALLOS, A. Op. cit. Págs. 137-140 y SEBASTIÁN, S. *Mensaje simbólico del arte medieval*. Madrid, Ed. Encuentro, 1996. Págs. 129-131.

4. CABROL, P. y LECLERCQ, H. *Dictionnaire d'Archéologie chrétienne et de Liturgie*. Paris, 1924. Vol. XV-2. Págs. 1584-85.

5. HAUTECOEUR, L. “Le soleil et la lune dans les crucifixions” en *Revue Archéologique*, 1921. Vol. XIV. Pág.21.

Una explicación que se podría calificar de “teológico-astronómica” estaría relacionada con la aparición de las tinieblas en el momento de la muerte de Cristo. Los astros representarían, en una interpretación libre, una especie imposible de eclipse de Sol por la luna llena ya profetizado en el Antiguo Testamento (Amós, 8,9) y que motivó lo que los Evangelios describen como unas sombras y vapores que ocultaron el Sol, en una especie de velo fúnebre (Mt. 27,45 / Mc. 15,33 / Lc. 23, 44-45). Otra argumentación similar sostiene que así como la Luna y el Sol no se muestran al mismo tiempo a los hombres, la aparición simultánea de los dos astros equivaldría a la privacidad momentánea de toda luz.⁶

Se ha sugerido también que el Sol y la Luna podrían simbolizar la naturaleza divina y humana de Cristo.⁷ Y, al hilo de esta doble naturaleza del Salvador, existe una marcada tendencia medieval a ratificar los pares dualistas en torno a la imagen de Jesús crucificado. Así, las “parejas” en torno a la cruz (San Juan y la Virgen, el Sol y la Luna, Longinos y Stephaton, la Iglesia y la Sinagoga) no son más que la ratificación antes mencionada del sistema dualista o binario de la propia cruz, en la que el madero horizontal o “patibulum” representa el principio pasivo, el mundo de la manifestación, y el madero vertical o “stipes” el principio activo, el mundo de la trascendencia y vocación espiritual, de modo que estar crucificado es protagonizar la esencia de ese dualismo, de ese antagonismo entre dos principios: humano y divino, activo y pasivo, construcción y destrucción, etc.⁸

Encontramos asimismo una interpretación de carácter literario-religioso en la que el Sol y la Luna representan la armonía entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. De este modo, lo que el Evangelio nos muestra a la luz del Sol, el Antiguo Testamento nos lo hace ver en la claridad imprecisa de la Luna y las estrellas... Es como si en el Antiguo Testamento la verdad portase un velo, un velo místico que será rasgado por la muerte de Cristo.⁹ Cabría aquí añadir, en relación a esta interpretación, que también se ha sugerido que el Sol representaría la nueva religión, esto es, el Cristianismo y la Luna, el Judaísmo.¹⁰ Se ha señalado además en la presencia del Sol y la Luna un signo del poder de Dios comandando a todo el Universo.¹¹ E incluso se han presentado como símbolo de eternidad (en alusión quizás al Eterno Sacrificio)... Así, pues, la Luna, lo mismo que el Sol, sirve para expresar la idea de permanencia. Estos significados de eternidad y permanencia aparecen en los salmos 72,5 (“Que tenga temor de ti mientras la luna y el sol brillen hasta el fin de los siglos”) y 89,38 (“Su dinastía

6. CABROL, P. y LECLERCQ, H. Op. cit. Vol XV-2 Pág 1582. Vid. también MORALES Y MARÍN, J. L. *Diccionario de Iconología y Simbología*. Madrid, Taurus, 1986. Pág. 308.

7. CABROL, F. y LECLERCQ, H. Op. cit. Vol XV-2. Págs. 1582-83. Vid. de igual modo: MORALES Y MARÍN, J.L. Op. cit. Pág. 308 y THOBY, P. *Le Crucifix. Des origines au Concile de Trente* Nantes. Ed. Bellanger, 1959. Pág. 30.

8. CIRCLOT, J.E. *Diccionario de símbolos*. Barcelona, Labor, 1978. Págs. 153-6.

9. MÅLE, E. *L'art religieux du XIIe au XVIIIe siècle*. París, Armand Colin. 1961. Pág. 63

10. THOBY, P. Op. cit. Pág. 30

11. THOBY, P. (Citando a A. de Barthélemy) Op. cit. Págs. 29-30

durará por siempre / y su trono durará tanto como el sol, / como la luna que subsiste eternamente, / fiel testigo en el cielo.”¹² Antecedente pagano del tema es la representación, en la Grecia clásica y Roma, de las divinidades del Sol y la Luna en su carro y recorriendo el firmamento, significando así la repetida sucesión del día y la noche, “el constante e inalterable paso del tiempo”... Cristianizado el tema y la ubicación del mismo, adquiere el simbolismo de “por los siglos de los siglos”, el “*secula seculorum*” encuadrado perfectamente en un programa iconográfico-religioso.¹³

También se ha especulado con la iconografía del Sol y la Luna y la manifestación de sentimientos, principalmente con el sentimiento de la pesadumbre y el dolor. Este duelo, este dolor de la naturaleza ante la muerte de Cristo, aparece frecuentemente representado por dos personajes que identificados por las palabras “Sol” y “Luna” llevan sus manos a la cara para demostrar su dolor, en clara correlación con la Virgen y San Juan, que aparecen debajo.¹⁴

Otro “sentimiento” relacionado por algunos autores con estos astros es la virtud de la paciencia. Así, M. G. de Cougny cita a Guillaume Durand quien, en su *Rationale divinatorum officiorum* argumenta que el Sol y la Luna en eclipse a ambos lados del Salvador agonizante simbolizan la paciencia del Divino Crucificado... E insiste en esta simbología de la paciencia haciendo referencia a una lápida funeraria del museo de Châteauroux, datada en los siglos XIII o XIV en la que la figura del difunto aparece acompañada de la imagen del sol y la luna en eclipse, representación que tiene como fin simbolizar la virtud de la paciencia del finado¹⁵.

Y se podría seguir abundando en interpretaciones cada vez más débiles en sus argumentos. Valga como término de este elenco una que pudiéramos llamar “didáctica”. El Sol y la Luna vendrían a sustituir el α y el Ω que aparecen en las primitivas cruces y que no entendían los iletrados; de esta manera el mensaje de ser Dios el comienzo y el fin de todo el universo era captado por el vulgo a través de la presencia de los astros.¹⁶

II. EL AUTÉNTICO ORIGEN ICONOLÓGICO

Todas las interpretaciones teológicas y simbólico-cristianas anteriormente expuestas, aunque coherentes y verosímiles en su mayor parte, carecen, a nuestro parecer, de entidad suficiente como para erigirse en fundamentales o definitivas.

12. AAVV, *Enciclopedia de la Biblia*. Vol. IV. Pág 1100. Vid. además: CABROL, F. y LECLERCQ, H. Op. cit. Vol. XV-2. Págs 1582-83.

13. Vid. por ejemplo a OLAGUER-FELIÚ, F. *El arte medieval hasta el año 1000*. Madrid, Taurus, 1989. Pág. 107.

14. THOBY, P. Op. cit. Pág. 30. Vid. además: COUGNY, G. De, « Le Christ entre le soleil et la lune à Saint Mexme de Chinon » en *Bulletin Monumental*, 1873. Vol. XXXIX. Págs 258-9.

15. COUGNY, G. de, Op. cit. Pág. 259.

16. CHAUVET, G. *Sol et luna. Notes d' Iconographie religieuse*. Angulema, 1916. Págs 24-5.

Siguiendo la línea de Louis Hautecoeur, cabría preguntarse por qué los artistas introducen realmente la iconografía del Sol y de la Luna en las representaciones del suplicio de Cristo:

¿Pura cuestión estética? No la consideramos razón suficiente, pues el afán de simetría o el “horror vacui” de dichos artistas puede quedar satisfecho con la aparición de otros elementos iconográficos, como ángeles portando los instrumentos del martirio o simplemente custodiando los extremos del “patibulum”. Así, a pesar del gran número de ejemplos de representaciones de la crucifixión en los que aparece el Sol y la Luna en la parte superior, también existen otros en los que en dicha posición se ubican aves (Sarcófago de Letrán, s. IV), inscripciones (Tesoro de Monza. S. VIII), retratos (Evangelario. S. XIII. Biblioteca Real de Bruselas), procesión o cortejo de Bienaventurados (Marfil. 1^o mitad del s. XI. Bruselas), Pantocrátor y escena de la Ascensión (Marfil. S. IX. Museo de Cluny. París) y, sobre todo, ángeles (Evangelario de Saint-Gall, s. VIII).

¿Alusión a la representación de la Jerusalén Celeste? Probablemente cierto en lo que respecta a la decoración de los ábsides, arcos torales, etc., pero esta explicación pierde ciertamente fuerza en la representación de las crucifixiones. ¿Por qué, entonces, las expresiones de duelo o el establecer un lugar fijo para el Sol y la Luna a la diestra y la siniestra de Cristo?...

¿Relación con la orientación del templo hacia el Este geográfico y por ende con la identificación de Cristo como *Sol Salutis*? Verdaderamente la relación del Este geográfico, el Oriente con el Sol está clara, pero, ¿y la Luna?, ¿qué relación guarda con el Oriente o la Parusía?

¿Simbología de las Tinieblas? Pensamos que es ésta también una teoría con poca entidad tanto en la descripción de una especie imposible de eclipse de Sol por la luna llena como en la argumentación de que la aparición simultánea de los dos astros equivale a la privación de la luz.

¿Vienen a subrayar la naturaleza divina y humana de Cristo? La relación del Sol con la naturaleza divina puede argumentarse realizando un paralelismo con Mitra, Helios u otras divinidades solares, pero, ¿y la Luna? ¿No aparece también en las antiguas narraciones mitológicas como una divinidad? ¿Sería aquí la representante de la naturaleza humana de Cristo? ¿Basándose en qué?

¿Armonía entre el Antiguo Testamento, simbolizado por la Luna, y el Nuevo Testamento, simbolizado por el Sol? Bien es verdad que en las formulaciones teológicas de las Sagradas Escrituras todo el Antiguo Testamento es la historia de la espera y la esperanza en el Mesías, en Cristo, y que las palabras de los profetas cobran significado en los hechos descritos en el Evangelio, pero, aún así, tanto ésta como la identificación del Sol y la Luna con el Cristianismo y el Judaísmo, son teorías que no alcanzan la entidad suficiente como para establecerse como explicación definitiva de las citadas apariciones iconográficas.

¿Poder de Dios?... Aunque el Sol y la Luna son, indiscutiblemente, elementos importantes en el proceso de la Creación del Universo, no los consideramos exclusivamente representativos del Poder Divino, y por tanto no vemos clara esta relación iconológica.

¿Permanencia? ¿Eternidad? ... En el mismo Salmo se observa una cierta contradicción, pues la expresión: "Mientras la luna y el sol brillen hasta el fin de los tiempos" no hace alusión a la eternidad, más bien indica la destrucción de ambos astros en el momento apocalíptico final.

¿Dolor? Sí, realmente el Sol y la Luna personificados aparecen a menudo en estas representaciones artísticas afligidos o llorando ante la crudeza del martirio y la muerte de Cristo, pero creemos este detalle puramente anecdótico, como luego se verá. Realmente el porqué de la presencia del Sol y la Luna tiene que tener un significado más profundo.

¿Paciencia? Pensamos que la argumentación a favor de esta simbología, ya expuesta al final del epígrafe anterior, carece igualmente de la fuerza necesaria para ser considerada relevante en esta búsqueda de significado. Posiblemente sólo sea causalidad forzada, no encontramos ninguna relación sólida entre dicha virtud y la aparición de los astros.

¿Elementos sustitutivos de α y Ω ? En primer lugar, el significado de principio y fin de todas las cosas no parece adecuarse a la presencia del Sol y la Luna. Además, ¿cómo explicaríamos en algunos casos la presencia conjunta de α y Ω con el Sol y la Luna? ¿Simple duplicación semántica para letrados o iletrados?

Son, pues, estas interpretaciones teológicas o simbólico-religiosas de la iconografía del Sol y la Luna claramente discutibles, en el sentido antes expuesto de que aunque siempre con cierto fundamento, aparecen carentes de la fuerza o entidad suficientes como para erigirse en definitivas.

A nuestro parecer, la verdadera explicación de la presencia de dichos astros en la iconografía cristiana sería, en origen, una herencia, una reminiscencia de antiguas formulaciones paganas, ya anteriores, ya contemporáneas al cristianismo, representando por tanto una muestra de sincretismo religioso.

Ya en las primeras culturas mesopotámicas, los dioses se proyectaban al cielo identificándose con los astros más cercanos y visibles para el hombre, el Sol y la Luna, quienes se convertían así en seres vivos y animados, divinizados o reflejo de la divinidad.¹⁷ Así, el Sol y la Luna han ocupado siempre un lugar privilegiado en las religiones del Mediterráneo oriental, y de ello dan testimonio los cilindros caldeos o los kuduru asirios, el culto a Hvare-Mâonha de los persas, de Ba' al Samin en Siria, con la luna creciente en la frente y el sol de siete rayos en la mano, o del dios lunar Mên en Frigia.

También en Grecia, donde sabemos por Pausanias que en el ágora de Elis la estatua de Selene con la luna en la cabeza se oponía a la del dios-sol Helios, o en

17. CIRCLOT, J.E. *Diccionario de símbolos*. Barcelona, Labor, 1978. Pág. 172.

la representación de los dos astros de la mano de Fidias en el Partenón, uno a cada lado del nacimiento de Atenea; y esto sin hablar de la importancia de los dos astros en la astrología griega, donde desempeñan un papel similar al anteriormente jugado con los caldeos o los persas. Se atribuyen a ambos astros poderes benéficos y son numerosos los amuletos en los que aparece la media luna rodeando al disco solar.¹⁸

Ya incluso en época cristiana, esta influencia de las religiones orientales se hacía sentir en la simbología y así se hereda esta representación del Sol y la Luna acompañando a la divinidad. La difusión por todo el Imperio Romano, gracias a los legionarios, del culto a Mitra, dios solar iranio, quien al finalizar su vida en la Tierra es elevado a los cielos en una carroza al lado del Sol, favoreció realmente la difusión de este tema.¹⁹ En los monumentos mitraicos, el Sol y la Luna aparecían en la bóveda de la gruta donde se sacrificaba al toro. Esta bóveda simbolizaba el cielo y cuando no se representaba dicha gruta, las imágenes de los astros celestes se colocaban a izquierda y derecha de la cabeza del dios. Esta representación es rápidamente heredada en la iconografía de Júpiter Dolichenus (representado sobre un toro y flanqueado del Sol y la luna) y de Júpiter Heliopolitano (donde se observan ambos astros en la falda que ciñe su cuerpo).²⁰

En Roma se introdujo el culto al Sol, divinidad sabina, al mismo tiempo que el de la Luna por el rey sabino Tito Lacio, siendo la familia de los Aurelios la protagonista de la popularización y expansión de su culto.²¹ En esta ciudad, el Sol, como expresión del poder divino, adquirió una significación especial desde la época del emperador Aureliano, pues sabemos que su madre fue su sacerdotisa y el mismo emperador se hizo pasar por hijo de este dios. En definitiva, quiso fundar en Roma un nuevo culto al Sol, de lo que da fe el hecho de la construcción de un gran templo en el Quirinal a la manera oriental. Así, el *sol invictus* se convirtió, a partir del siglo II, en uno de los dioses principales del Imperio Romano, celebrándose la "*natalis invicti*" o renacimiento del Sol el 25 de Diciembre.²²

Patente, por lo tanto, es la presencia del culto al Sol en la ordenación del calendario de las fiestas cristianas. La asimilación del Mesías con un "Sol verdadero y de justicia" llevó a colocar la fecha de su nacimiento con la vuelta del sol, la anteriormente citada "*natalis invicti*" en el solsticio de invierno. En esta fecha también se celebraba la fiesta del "*Sol Invictus*" aplicada al dios Mitra y muy popular en el siglo III. Realmente ha de verse aquí una estrategia de la Iglesia primitiva, que no destruía un culto sino que lo suplantaba por otro, incorporando así elementos paganos al culto cristiano, asignándoles por tanto un nuevo significado.²³

18. HAUTECOEUR, L. Op. cit. Págs. 16-17.

19. REVILLA, F. Op. cit. Pág. 279

20. HAUTECOEUR, L. Op. cit. Pág. 17

21. AAVV. *Enciclopedia de la Religión Católica*. Barcelona, Dalmau y Jover, 1954. Vol. VI. Pág. 1450

22. HAUTECOEUR, L. Op. cit. Pág. 18

23. SEBASTIÁN, S. Op. cit. Pág. 133

En relación a esta coincidencia de fechas, que subrayan la superposición de los cultos al Sol y al nuevo Mesías, resulta curioso el hecho de que en la antigüedad se llamó al domingo “el día del sol”, como lo atestiguan escritos de San Agustín o de Tertuliano. El cambio onomástico se realizó, como señala en el siglo VI Gregorio de Tours, no sin cierta resistencia por parte del vulgo, que pretendía conservar la costumbre de dicha denominación, y así se conservan inscripciones o un epitafio encontrado en Angulema donde se dice que la difunta había muerto un “día del sol” del año 405. Denominación popular por otro lado relacionada con las imágenes familiares de arte pagano encontradas en bajorrelieves funerarios, por ejemplo, el antiguo sarcófago de la Gayola, donde se muestra un busto del Sol que posiblemente fuese uno de los símbolos utilizados por los primeros cristianos para representar a Cristo.²⁴

Ya en 1916 G. Chauvet, como hipótesis de trabajo en relación con un bajorrelieve del Museo de Angulema, llega a la conclusión de que el Sol y la Luna toman en la Era Cristiana el significado de poder, de majestad, de eternidad que poseían en el arte antiguo, como fue adoptado, por ejemplo, por los emperadores romanos cuando se hacían representar entre ambos astros.²⁵

Igualmente Deonna, siguiendo a Chauvet, apunta que en las primeras representaciones cristianas, los dos astros conservan el significado pagano anterior, esto es, evocar la dignidad suprema del dueño del universo y, al mismo tiempo, servirle de escolta de honor.²⁶

Así pues, ¿por qué razón iban a escapar los artistas cristianos al “contagio general” de esta simbología pagana? En los primeros siglos cristianos, los artistas, o mejor, los artesanos tienden, más que a crear, a copiar las obras clásicas, tomando así prestados sus símbolos como éste del Sol y la Luna y colocándolos en la nueva iconografía cristiana. En el s. III encontramos el Buen Pastor entre el Sol y la Luna sobre una lámpara cristiana conservada en el Kaiser-Friedrich Museum de Berlín, volveremos a encontrar los dos astros sobre un marfil del s. VI conservado en el Museo de Lyon que representa el Bautismo de Cristo, y, más tarde, en las representaciones de la Crucifixión o incluso en los bajorrelieves funerarios de los fieles, como una suerte de transición entre lo antiguo y lo nuevo.²⁷

Todo apunta, por consiguiente, a que el Sol y la Luna surgen en principio como producto de una herencia de los dioses paganos aplicada al nuevo Dios cristiano, Jesucristo, que ha de situarse a un nivel parejo. Posteriormente, eso sí, las interpretaciones teológicas y las aportaciones de los propios artistas provocaron que Sol y Luna se llenaran de nuevos contenidos simbólicos y alteraciones iconográficas que pasamos a tratar.

24. CABROL, F. y LECLERCQ, H. Op. cit. Vol. XV-2. Págs. 1583-4.

25. CHAUVET, G. Op. cit. Págs 22-23.

26. DEONNA, W. « Les crucifix de la Vallée de Saas (Valais). Sol et Luna, histoire d'un thème iconographique » en *Revue de l'histoire des religions*. Vol. CXXXIII, 1948. Pág. 62.

27. CABROL, F. y LECLERCQ, H. Op. cit. Vol. XV-2. Págs. 1582-83

III. FÓRMULAS ICONOGRÁFICAS

La representación del Sol y la Luna se muestra en la iconografía de la crucifixión desde sus inicios, siendo en Siria donde aparece por vez primera y llegando a ser más frecuente a partir del siglo IX, si bien, decrece su aparición en las obras del siglo XV y ya se constata sólo de forma esporádica en el siglo XVI, pues el Renacimiento elimina este simbolismo medieval. Así, el Sol y la Luna desaparecen prácticamente de las representaciones occidentales de la crucifixión salvo excepciones, por ejemplo, en retablos, en iconos rusos de los siglos XVII y XVIII, en unas losas funerarias irlandesas de fines del s. XVIII o comienzos del s. XIX, y, finalmente, en el siglo XX, los crucifijos del Valle de Saas (Francia), tal como señala W. Déonna.²⁸

Normalmente el Sol se sitúa a la derecha de Cristo y la Luna a la izquierda, lo que ha motivado algunas explicaciones teológicas, si bien, posiblemente, la explicación sea mucho menos complicada y esté en la aparición anterior de ambos astros en las antiguas estelas de Saturno o en los monumentos mitriacos... Posición pagana relacionada, probablemente, con la creencia astrológica de que la Luna rige el lado izquierdo del cuerpo y el Sol el derecho.²⁹ Los artistas no han hecho más que seguir la tradición (aunque se comprueba que, a partir del s. XII, los casos en los que la posición de los astros aparecen invertidos son frecuentes).

No pretendemos en modo alguno establecer aquí una catalogación exhaustiva de las obras, solamente ensayaremos una clasificación de los tipos de representación del Sol y la Luna con algunos ejemplos ilustrativos.³⁰

3.1. Representación de forma astral

La representación más simple es la que aparece precisamente en la primera crucifixión en que nos consta la presencia del Sol y de la Luna, el Evangelionario sirio de Rábula, donde, a ambos lados de la cabeza de Cristo, se distinguen dos círculos, uno completamente oscurecido, posiblemente el Sol, y otro con un creciente blanquecino en su interior, muy probablemente la Luna (*Lám. 1*). Ya en los monumentos paganos, el Sol estaba representado por un disco radiado o, en Siria, por un rosetón con los pétalos desplegados, o por una cruz acotada por puntos. La Luna, por su parte, aparecía representada por un rosetón en hélice o bien por su forma creciente, ya sola, ya inscrita en un círculo. Estas formas de representación fueron rápidamente adoptadas por los artistas cristianos, y de ello tenemos buenos ejemplos en la ampolla de Monza o en la cubierta del relicario de Pépin d' Aquitanie (Tesoro de Conques. Siglo XI) (*Lám. 2*).

28. DEONNA, W. Op. cit. Págs. 91-92

29. HAUTECOEUR, L. Op. cit. Págs. 22-23

30. Consúltese una catalogación bastante completa de obras en las que aparece la iconografía del Sol y de la Luna en: DEONNA, W. Op. cit. Págs. 52-61 y 72-91.



Lámina 1: Evangelario de Rábula. Siglo VI. Florencia, Biblioteca Laureniana.



Lámina 2: Relicario de Pépin d'Aquitaine. Siglo XI. Tesoro de Conques.

3.2. Representación en forma personal

Posiblemente, la representación astral pareció pronto a los artistas muy esquemática, y, así, se pasó a reemplazar el rosetón o la rueda central por unos ojos, nariz y boca, bien de un modo simple, “naïf” como el aquí descrito o bien imitando las antiguas efigies de Helios y Diana. Así, en un marfil del siglo XII conservado en el Museo de Berlín, la representación de los astros adquiere forma de rostro humano situado dentro de unos círculos y con rayos alrededor. (*Lám. 3*)

En ocasiones se representan incluso de cuerpo completo, diferenciando el sexo y portando antorchas alusivas a su función lumínica en el universo. Tenemos claros ejemplos en el Díptico de Rambona del siglo IX (Roma, Museo Vaticano), en el Evangelionario de Saint Berward (Hidelsheim, fines del siglo XI) y en el Libro de oficios de New Minister (comienzos del siglo XI) (*Lám. 4*). A veces, para demostrar el ocaso sobrevenido con la muerte de Cristo, las antorchas se colocan en posición invertida como si fueran a ser apagadas, así se ve en un marfil del siglo IX del Kaiser Friedrich Museum de Berlín (*Lám. 5*).

Cuando la representación conserva muchos componentes clásicos, el Sol y la Luna, como Helios y Selene, se muestran conduciendo respectivamente una cuadriga tirada por caballos y una biga tirada por bueyes o vacas, entroncado claramente con representaciones paganas de dioses, así en la cubierta de marfil de un libro de hacia 870 conservado en la Staatsbibliothek de Munich. (*Lám. 6*).

Posteriormente, es sobre el siglo X y hasta el siglo XIII cuando aparecen el mayor número de muestras de iconografía del Sol y la Luna demostrando pena, dolor e incluso llanto por la muerte del Salvador, ocultándose parte del rostro con un velo y enjugándose las lágrimas.³¹ Encontramos ejemplos ilustrativos ya en un Evangelionario del siglo IX (Nueva York, Pierpont-Morgan Library) o en el Códice Egbert de fines del siglo X (Biblioteca de Tréves). Vemos en ellos una reelaboración iconográfica anecdótica de los artistas, que añaden las expresiones de dolor a las representaciones humanas de los astros. Una variante interesante del mismo tema la tenemos en la miniatura de la crucifixión del Beato de Gerona, donde la expresión de los astros da señales de sorpresa o estupor, con inscripciones alusivas a que el Sol observa la escena y que la Luna aparece a pesar de ser aún de día y no haber llegado la noche (*Lám. 7*).

3.3. Representaciones conducidas por ángeles

Pueden también aparecer ángeles acompañando (y a veces sustituyendo) al Sol y a la Luna en las escenas de crucifixión. Estos seres celestiales, portadores de los astros, se ocultan el rostro, lloran... participan finalmente en el drama de la Pasión, en el duelo por la muerte de Cristo.

31. HAUTECOEUR, L. Op. cit. Pág. 26



Lámina 3: Marfil del siglo XII.
Museo de Berlín.



Lámina 4: Libro de oficios de
New Minister, Winchester.



Lámina 5: Marfil, Siglo IX.
Kaiser Friedrich museum, Berlín.



Lámina 6: Cubierta de libro, Marfil,
h. 870. Staatsbibliothek, Munich.



Lámina 7: Miniatura de la Crucifixión. Beato de Gerona. Siglo X. Catedral de Gerona.

Dichos ángeles, que aparecen ya en los primeros monumentos cristianos, son, sin duda, una herencia de la antigüedad pagana: son la supervivencia de pequeños genios alados o de las victorias, tan frecuentes en el arte greco-romano con un claro papel simbólico y funerario.³²

Encontramos ejemplos significativos como un Marfil del siglo X de la Escuela de Metz (Florenza. Museo del Bargello) o un Marfil de Colonia (siglo XI), actualmente en el Museo Victoria y Alberto de Londres. A veces, los ángeles pueden llevar a los astros con señales de gran veneración, como si de un objeto litúrgico se tratara, como puede verse en una bonita miniatura del Misal de Enrique de Chincester (*Lám. 8*). Pero es más frecuente que los ángeles, portando el Sol y la Luna, irrumpen desde el cielo en el momento de la expiración, como se comprueba en el Misal de Saint-Vaast de Arrás (siglo XIV) (*Lám. 9*).

3.4. Representaciones ocultas por nubes

Las nubes, en clara alusión a las tinieblas evangélicas que ocultaron el Sol en el momento de la muerte de Cristo, se muestran también aquí ocultando parcial o totalmente a los dos astros. Encontramos ejemplos interesantes, así, en una ilustración del Misal de los Jacobinos, de fines del siglo XIII (Toulouse. Biblioteca Municipal), o en las nubes oscuras y de bordes irregulares que los ocultan parcialmente en otra miniatura del Gradual de Saint-Etienne de Troyes (*Lám. 10*).

Esta iconografía es una prueba clara de cómo el verdadero origen de la representación del Sol y la Luna fue mutando a través de modificaciones "a posteriori". Del simple reflejo de la presencia de ambos astros ante Cristo como ante otras divinidades paganas se pasa a la interpretación de las tinieblas evangélicas, ocultando dichos astros que en principio eran signo de poder y majestad divina.

32. IBÍDEM. Op. cit. Págs. 25-26. Vid. asimismo DEONNA, W. Op. Cit. Pág. 63.



Lámina 8: Misal de Enrique de Chincester. Manchester. The John Rylands Library.



Lámina 9: Misal de Saint-Vaast. Siglo XIV. Arrás. Biblioteca.



Lámina 10: Gradual de Saint-Etienne de Troyes. Siglo XIII. Biblioteca Municipal. Troyes.



Lámina 11: Políptico Barberini.
Museo del Louvre.

3.5. Representaciones esquemáticas

Aunque poco frecuentes, se ha encontrado algún ejemplo de representación esquemática de los dos astros. Un testimonio claro lo tenemos en el conocido "Marfil Barberini", aunque bien es verdad que aquí no se representa la crucifixión sino a un Cristo, todavía imberbe, que aparece glorificado y bendiciendo dentro de un clipeo, que sostienen dos ángeles. A su derecha aparece un arco de circunferencia con siete pequeños rayos, en representación esquemática del Sol, y, a la izquierda, el creciente sobre una estrella, en representación de la Luna (Lám. 11).



Lámina 12: Rafael. Retablo de la Crucifixión o Crucifixión Mond. 1502-1503. Óleo sobre tabla. Londres. Nacional Gallery.

3.6. Representaciones tardías

El ocaso del arte medieval y la irrupción del Renacimiento supone la eliminación de la iconografía del Sol y la Luna en las escenas de la crucifixión. Sin embargo, aún en el siglo XVI seguimos encontrando excelentes ejemplos de la representación del Sol y la Luna y en artistas tan ilustres como Rafael de Urbino, concretamente en un calvario de su primera época que se conserva en la Nacional Gallery de Londres, en el que se divisan sobre la cruz y entre las nubes a los dos astros con rasgos humanos (Lám. 12). Si bien es necesario señalar que en general, en estos momentos, si se colocan los astros, estos van perdiendo los rasgos humanos y se convierten en esferas celestes.

IV. LAS DERIVACIONES DE TEMÁTICA, UBICACIÓN E ICONOLOGÍA

En unos casos por coincidencia, en otros por “contaminación” iconográfica, o, ya sea por influencia, o por popularidad del motivo entre los artistas, lo cierto es que el Sol y la Luna aparecen en representaciones distintas al tema de la crucifixión.

Así, en primer lugar y en estrecha relación con la citada crucifixión, ambos astros permanecen en su lugar, sobre el “patibulum” incluso después de la muerte y el descendimiento de Cristo, como puede observarse en una Piedad existente sobre la puerta de la Iglesia de la Cartuja de Miraflores de Burgos. (Lám. 13).

Por otro lado, contemplamos la iconografía de Cristo como “Varón de Dolores” en un marfil del primer tercio del siglo XIV (Cambridge) en el que aparece sentado y mostrando sus llagas, teniendo a los astros a su derecha e izquierda. De igual modo, en una ilustración del Evangelio de Rábula, Jesús, acompañado de cuatro ángeles, se eleva hacia el Sol y la Luna en el momento de la Ascensión. Finalmente, se muestra en todo su poder de nuevo acompañado de ambos astros en ejemplos como la cubierta de un libro en marfil de la época carolingia (Berlín .Kaiser Friedrich Museum) o en el “Tríptico Harbaville”, obra bizantina del s. XI (Louvre). También aparecen el Sol y la Luna acompañando al Cristo en Majestad representado entre la Virgen y San Juan, así en un fresco de Armanino de Módena (1237) en la Iglesia de Cartignano. Y encontramos ejemplos significativos del poder de Cristo Juez en el momento del Juicio Final, siempre acompañado a ambos lados de los dos astros, en Conques, en



Lámina 13: Portada de la Iglesia de la Cartuja de Miraflores. Burgos.

el tímpano de la Puerta de Champniers (Charente) y en la Puerta del Perdón de la Iglesia de Santa María de Daroca (Zaragoza) (*Lám. 14*).

Son igualmente interesantes para el asunto que nos ocupa las representaciones referidas a Dios Padre en el momento de la Creación del Mundo y de los seres que lo pueblan, como nos muestra el bello ejemplo de una imagen del Octateuco bizantino de la Biblioteca del Serrallo (Estambul) en el que se representa la Mano de Dios infundiendo su Espíritu en el limo de Adán, y, en lo alto, el Sol y la Luna.

De igual modo, y de forma excepcional, aparecen los astros acompañando a la Trinidad en una placa de marfil de la segunda mitad del s. XIV (Londres. Museo Victoria y Alberto).

María aparece en distintas representaciones de momentos muy significativos acompañada del Sol y de la Luna, por ejemplo en su Asunción, subiendo al cielo donde brillan el Sol y la Luna y donde la espera Cristo rodeado del Tetramorfos (portada de la Iglesia de Santa Sabina). Y, por supuesto, los dos astros asisten también a la Coronación de la Virgen por Jesús en un mosaico de Jacopo Torriti, en Santa María la Mayor en Roma.

Aparece también la representación del Sol y la Luna en temas hagiográficos, así en la Imposición de la Casulla a san Ildefonso de la Puerta del Sol de Toledo, donde ambos astros dominan la escena desde el plano celestial.

Por último, en lo que respecta a las diferentes ubicaciones de esta iconografía además de las ya tratadas destacaremos, por su importancia y en primer lugar, la aparición del Sol y la Luna en el Presbiterio, escenario de la Consagración o Sacrificio de Cristo. Un caso conocido son los capiteles imposta de Quintanilla de las Viñas (Burgos), que muestran una imagen clipeata del Sol y la Luna sostenidos por una pareja de ángeles, lo que ha dado lugar a numerosas teorías interpretativas, desde representar recuerdos del culto mitraico aún extendido por España en el s. VIII hasta asegurar la presencia de un santuario maniqueo... Y, dentro de la Patrística, la teoría que sostiene que el Sol y la Luna son signos de Cristo y de la Iglesia.³³ En realidad, el Sol y la Luna vienen a acompañar, como lo hacían en las crucifixiones, el sacrificio que en la misa se repite recurrentemente en la consagración. Siguiendo en la misma línea, destacaremos también casos cercanos y representativos debido a su gran tamaño como las imágenes en mármol personificadas del Sol y de la Luna en el Presbiterio de la Iglesia de la Magdalena de Sevilla, o las coloristas representaciones pictóricas de ambos astros en el techo de la Capilla Sacramental de la Parroquia de San Lorenzo, también en esta misma ciudad, dentro de un amplio y complejo programa iconográfico que intenta involucrar símbolos y significados eucarísticos con contenidos de corte inmaculadista.³⁴

33. Vid. OLAGUER-FELIÚ, F. Op. cit. Págs. 107-108.

34. Vid. FERRER GARROFÉ, P. "El espacio sacralizado. La Capilla Sacramental de la iglesia de San Lorenzo". Trabajo de investigación inédito. Sevilla, 2000. Págs. 81-85.



Lámina 14: Puerta del Perdón. Iglesia de Santa María de Daroca (Zaragoza).

Son igualmente significativas las apariciones de ambos astros (o del Sol solamente) en las portadas de los templos. Así, y siguiendo con ejemplos cercanos, encontramos al Sol “presidiendo” la portada de la iglesia de Cumbres Mayores (Huelva) y a ambos astros en la de la iglesia de los Terceros en Sevilla.³⁵

Asimismo aparecen estos astros en ubicaciones vinculadas a la iconografía mariana. Observamos que el Sol y la Luna aparecen a veces en la decoración de retablos que cobijan imágenes de la Virgen. Así, y siguiendo con ejemplos cercanos, encontramos ambos astros representados a gran escala en las paredes del “camarín” de Ntra. Sra. de la Soledad en la anteriormente citada parroquia hispalense de San Lorenzo. Ciertamente, somos conscientes de ello, la fundamentación iconológica de estas representaciones debe vincularse a la popularización en las *Letanías Lauretanas* de las advocaciones marianas en relación a los astros: *Electa ut Sol y Pulcra ut luna*.³⁶

Incluso en la arquitectura civil podemos hallar representaciones de estos astros junto al patíbulo de Cristo, así sobre el dintel de una puerta de una casona antigua de Villanueva de los Infantes (Ciudad Real), donde a cada lado de una cruz soportada por querubines, se muestran el Sol y la Luna con rasgos humanos, además de una

35. El sol y la Luna, esculpidos, presiden también una puerta del Castillo de la citada localidad de Cumbres Mayores.

36. REAU, L. *Iconografía del arte cristiano*. Barcelona, Serbal, 1996. Tomo I. Vol.2. Pág.86.



Lámina 15: Decoración del dintel de una puerta de casa en Villanueva de los Infantes (Ciudad Real).

inscripción latina que viene a ser un juego de palabras: “¡VIVIR-MORIR-VIVE!” (Lám. 15).

Y finalizaremos con tres ubicaciones realmente curiosas del Sol y la Luna localizadas en nuestra región: La aparición de la figura del Sol en el empedrado de la puerta de la Iglesia de Linares de la Sierra en la provincia de Huelva³⁷, la representación del Calvario en un precioso retablo cerámico en la fachada del sevillano convento del Espíritu Santo, donde se observa la imagen colorista del Crucificado acompañado de San Juan y la Virgen y, en la parte superior, ambos astros, y, como punto final, la curiosa ubicación del Sol y la Luna a diestra y siniestra de Jesús en el manto de malla que cuelga del “patibulum” en la imagen jerezana del Cristo de la Expiración (Ermita de San Telmo), ubicaciones que ejemplifican, una vez más, la popularidad de la iconografía y el “contagio” anteriormente mencionado de la fuerza representativa de ambos astros entre los artistas y artesanos.

37. Vid. MEDIANERO, J.M. *Empedrados decorativos de la sierra de Aracena*. Diputación de Huelva, 1997. Págs 38-9.